

El incidente terrorista

En 1929 el Dr. Jean Le Benard se vio involucrado en un lamentable incidente policial que conmocionó a la opinión pública internacional. El hecho se registró por la noche, en el glamoroso edificio del museo Cernuschi (diseñado por su propio fundador, Henry Cernuschi), un día antes de su cumpleaños, y es conocido en los anales de las historias policiales como L'après-midi du 8 (La tarde del 8).



Por
HUGO CUCCARESE

En septiembre de ese mismo año, el ministro de exteriores francés, Aristide Briand, - quien junto a su homólogo alemán Gustav Stresemann, compartió el Premio Nobel de la Paz de 1926 en reconocimiento a su labor en la conclusión del Pacto de Locarno- pronunció su célebre discurso ante la **Sociedad de Naciones**, en el que defendió la idea de una **federación europea** basada en la solidaridad, la prosperidad económica y la cooperación política y social, poniendo como ejemplo paradigmático el caso de El hueso de Anchiang:



Con motivo de cumplirse el trigésimo aniversario del descubrimiento del hueso de dragón, el presidente del C.N.I.L. “Centro Nacional de Investigaciones Lingüísticas”, **Alexandre J. Hinault**, había organizado una bella tarde de septiembre junto con **Henry Cernuschi** y bajo los auspicios del ministro de exteriores francés, **Aristide Briand**, una fiesta en los jardines del mencionado palacete, situado en las cercanías del parque *Monceau*, en París, en la que también se exhibiría su exquisita colección de arte de Extremo Oriente, adquirida durante su vuelta al mundo.

MUSEO CERNUSCHI, cerca del Parc

Monceau, en la 7° Avenida Velázquez,

“Entre los pueblos que están geográficamente agrupados debe existir un vínculo federal bien constituido; estos pueblos deben tener la posibilidad de entrar en contacto, de

discutir sus intereses, de adoptar resoluciones comunes, de establecer entre ellos un lazo de solidaridad, que les permita hacer frente a las circunstancias graves, tal como hemos hecho con el gobierno de la República Popular de China, con relación a las discusiones diplomáticas mantenidas sobre el archiconocido hueso de dragón”.

Más de quinientas personas del ambiente artístico, científico, político y social asistieron al evento internacional, y se dieron cita en torno a la más valiosa pieza de arte antiguo que disponía Francia hasta el momento: el “**Hueso de Anchiang**”, -que, según decían-: “*Lucía radiante y atractivo como el alma del mismo anfitrión*” (Henry Cernuschi). Pero lo que nadie sospechó en ese momento fue que seis periodistas con credenciales falsas se habían infiltrado a la festividad, invitados supuestamente por un prestigioso diario inglés, entre los que se encontraba alguien de nombre “**Kramer**”.

Cerca de las dos de la madrugada, cuando los invitados se retiraban de la fiesta y se cerraban las puertas de la institución, los supuestos periodistas, transformaron sus cámaras fotográficas en poderosos artefactos explosivos y los grabadores en revólveres de alto calibre. El grupo terrorista comandado por un tal Kramer (a quien buscaban en el mundo por su larga lista de delitos) tomó posesión del C.N.I.L., que entonces formaba parte del museo Cernuschi, y asesinaron a un investigador y dos colaboradores del equipo del Dr. Le Benard -quien no estaba allí en ese momento- para probar que nada los frenaría en su misión Kamikaze. A partir de ese momento, Kramer impuso sus órdenes desde el despacho del director general mientras sus cómplices, de origen australiano, conocidos por la policía como “**Madison**” y “**Ashley**”, corrieron velozmente por los corredores hasta el sector de galerías, colocando explosivos en las piezas de arte más importante que poseía el museo.

Cuando todas las minas estuvieron listas, Kramer llamó a Henry Cernuschi y pidió 25 millones de libras esterlinas, en 24 horas, con la amenaza de que haría volar la manzana entera –con museo y todo- en caso de no recibir el dinero.

En París, el consejo de ministros se reunió para discutir si debían o no atender a las demandas de Kramer. Mientras tanto, el relajado Dr. Le Benard seguía replegado en su mansión, estudiando criptográfica y filosóficamente el hueso, como si se estuviese preparando psicológicamente para una emergencia como la que estaba ocurriendo justo en ese momento.

Por otro lado, en Londres, aun se sucedían las consultas hasta que a alguien se le ocurrió ponerse en contacto con **Lloyd's** (la aseguradora del hueso), quien había valuado la reliquia en 150 millones de dólares. *Lloyd's Company* dio parte a las autoridades del gobierno británico, quienes de inmediato se pusieron en contacto con funcionarios de alto rango en la comisión de delitos, y éstos, a través de la agencia de inteligencia central del MI6, con el Primer Ministro Australiano, **James Scullin**, quien después de un intercambio favorable de pareceres se decidió acudir al Dr. Jean Le Benard, por medio de la embajada de Francia en ese país.

Una autoridad muy importante del gobierno francés se trasladó en helicóptero hasta la residencia de Le Benard. La excéntrica forma de vivir que ya tenía por aquel entonces el afamado criptógrafo no condecía con la seriedad y formalidad del ministro, quien, sin embargo, comprendió enseguida que no tenía otro remedio que recurrir al insólito personaje.

Una vez que el ministro puso en autos a Le Benard, se dirigieron juntos hacia el museo Cernuschi. Lo que siguieron fueron once horas de enorme tensión en la cuenta regresiva. Fue un ajedrez mortal que comprometió la vida de diez de los académicos más destacados del mundo científico, y de cientos de millones de dólares en obras de arte, aparte del honor de Francia.

Los protagonistas de dicho episodio fueron el tiempo, las frágiles piezas de arte y... por supuesto, el Dr. Le Benard y el Hueso de Dragón. El resto de la historia puede hallarse en los archivos de la Sûreté Nationale, en los registros de la MI6 y los casos policiales internacionales más destacados y más “olvidados” del mundo criminal. El museo Cernuschi fue una vez el epicentro de uno de los acontecimientos más significativos de la historia policial de Francia, cuando todo giraba alrededor del Hueso de Dragón que acaparaba las miradas del mundo en torno a aquellos fascinantemente silenciosos pictogramas que nadie, absolutamente nadie sobre la faz de la tierra –excepto el fabuloso Dr. Jean Le Benard- podía ser capaz de descifrar y entender.